

PRESENTACIÓN DEL "PROTOCOLO DE LA SANTA MUECA" EDITADO POR MARÍA RÉGULO

Luis Cobiella Cuevas
Diputado del Común
Santa Cruz de La Palma
Noviembre, 1989

Decía Tardivon que la cultura o la sabiduría (no recuerdo bien y mezclo dos conceptos bien distintos) era cuestión de glúteos y de plúteos. Y lo decía en un documento que hoy calificaríamos de anticipación redactado en el tiempo en que las bibliotecas no eran las bibliotecas tal como hoy las entendemos: horas del hombre sentado ante libro, legajo o documento, y éstos en los armarios, en las estanterías, abundantes y disponibles.

1.- INVESTIGACIÓN Y CREACIÓN

Mi idea de la biblioteca convencional es ambivalente: pienso, por un lado, en la persona que acude a leer con las únicas implicaciones derivadas de la lectura como fin: reflexión, ensueño, alimento, evasión, incorporación, en una palabra, creación. Y pienso, por otro lado, en la persona que acude a la biblioteca como lugar de trabajo, cuya actividad no es sólo ni principalmente la simple lectura sino la interacción de variados quehaceres: buscar, discernir, organizar, leer, copiar, citar, advenir, recopilar, en una palabra: investigar.

Por supuesto toda investigación conlleva carácter hermenéutico y, a su vez, toda interpretación incluye un factor creativo.

2.- INTUICIÓN SOBRE LA VIDA. SUPERVIVENCIA

Lo cual destensa la ambivalencia, que he reseñado porque conviene recordar mi pertenencia al grupo de los simples lectores de libro, de vida o de suceso. Mis reflexiones se nutren principalmente de intuiciones sobre la vida que hago y que hacen alrededor, y sobre lo que sucede; y apenas encuentro erudiciones en mis almacenes interiores.

Esto explica el modo con el que puedo acercarme a ustedes presentando el libro de María Régulo: un modo intuitivo, personal, vital; una mezcla, ojalá fecunda, de intuición y vida y, como cumple a mis años, de la vida, no precisamente próxima, que la presbicia selecciona.

Lo que en tales coordenadas significa este libro para mí será entendido cuando les haya comunicado mis vivencias sobre quien lo publica. La Cosmológica, mis vivencias sobre quien lo edita. María Régulo, mis vivencias sobre quien lo prologa, Juan Régulo y, por último, mis vivencias sobre la broma y la ironía que parecen constituir en buena parte honda esencia de La Palma y, en concreto, de Santa Cruz de La Palma.

He reiterado la expresión "mis vivencias sobre" porque los nombres y momentos citados constituyen superiores vivencias: porque viví a expensas, o sobre, tales ocasiones, simbionte o parásito, en positivo contraste con otros lapsos en que viví bajo y no sobre (subvivir es realmente desvivir). La Cosmológica, Juan Régulo, nuestra Palma irónica constituyen ocasiones sobre las que viví: son, efectivamente, sobrevivencias, supervivencias.

3.- LA COSMOLÓGICA

Retomo el hilo.

Según Juan Régulo, ironía, sátira, parodia, responden al tañante librepensador y anticlerical de una buena parte de palmeros, en una época pasada. Hoy La Palma no es anticlerical, y no precisamente porque se haya vuelto eclesial sino porque lo eclesial ha perdido garra por constituirse en referencia apasionada.

Nuestro último anticlericalismo fue esencialmente decimonónico. Esta biblioteca es Biblioteca Cervantes; pero cuando veníamos a ella nunca dijimos voy a la Cervantes, sino voy a la Cosmológica; privaba, y aún priva, la particularidad decimonónica sobre la diluyente universalidad.

Mis recuerdos se desdibujan difusamente, y creo que es bella la imprecisión que lo difuso conlleva; y creo que es la imprecisión el idóneo modo de precisar lo pasado y ennoblecer la nostalgia: la imprecisión añade al recuerdo una conveniente desconfiguración que libera de minuciosidad particularizante en bien de la disponibilidad atemporal.

Tales recuerdos, nostálgicos y realísimos (la nostalgia es una parte de la realidad) son a la vez muy simples y, seguramente comunes. Sobreviven los olores de los libros, el color de sus tapas e ilustraciones, la tipografía de títulos o masa, su disposición. Buscábamos libros raros. Leíamos Alejandro Dumas, Julio Verne, lo que de niños no podíamos leer en un hogar católico; y cito esta última particularidad sine ira, sine rancore, al contrario: digo esto con ternura salvadora y desbordante, con la misma emoción que recuerdo el día en que, buscando en penumbra incitante y cómplice con el trasfondo del carraspeo de don Miguel Valcárcel, encontré la Vida de Jesús. Leí el Jesús de Renan y quiero decir que, después de mi padre, esta lectura supuso mi mayor acercamiento a Jesús de Nazaret, en quien creo.

En los primeros años cuarenta un grupo de amigos míos que hacía tertulia con mi padre decidió gestionar la posible apertura, con todo lo que significa esta palabra, de La Cosmológica. Se salvaron y organizaron periódicos y carpetas, hubo Juntas, y hubo dificultades, y no culminamos el proyecto. Después, en ocasiones discontinuas, otros grupos se preocuparon y se ocuparon en la tarea de potenciar la existencia de La Cosmológica, sin la cual ni este libro ni este momento existirían.

Quiero concentrar la culminación del largo proceso en el momento actual y representarlo en Facundo Daranas. A él y a la Directiva que con él dirige, y a todos los que con él colaboran no sólo conservando, restaurando, cuidando libros sino creando nuevos, el reconocimiento de todos los muchachos que leyeron a Verne y a Renan; y la gratitud porque aquellas vivencias no se redujeron a la ceniza de una nostalgia irrecuperable sino que han florecido en la fecunda nostalgia de los aniversarios. Todo ese peso y ese peso quiero infundir en la palabra "gracias" cuando la pronuncio mirando los ojos de Facundo Daranas.

4.- **MARÍA RÉGULO**

Te recuerdo muy niña, María, en casa recién habitada, reciente la aventura de tu padre, cuando se llevó consigo la Imprenta Gutenberg y no era la calle de su nombre ni tu abuela adoptiva la ciudad de La Laguna.

La calle de Heraclio Sánchez tampoco era. Se trataba de un campo donde había un edificio a medio terminar. Pasillos con la excesiva sonoridad de los recintos apenas vividos. Correteaba la niña María para sonrisa de su padre; sonrisa que no ha dejado de alimentar, aunque otros sean los pasillos y otros los correteos, por ejemplo esta casa, este libro.

Sólo te re-cuerdo, María, (y he separado un poco el prefijo que hace repetir lo cordial), te re-creo, (y el prefijo, por repetir la existencia y la fe, significa gozo), y también te doy las gracias por consentir que una persona externa y lejana como yo presente tu libro y no diga sobre tu trabajo, o, si dice, diga torpemente, como es lógico esperar del indocto en lo que tú doctrinas.

Ha sido una gloria encontrar, adecuar y comunicar el protocolo al común; una gloria, como dices, divertido gozo del que no suelen disfrutar las glorias, generalmente serias, ya en su mundana pomposidad, ya en su trascendencia evanescente-; gloria a la que accediste con atónita alegría y que dedicas a Eladio para hacerlo sonreír. De mí para ti, con el cordial dogmatismo de entreamigos: no existe otra gloria que la gloria de hacer sonreír.

Añadidamente, es un gran bien para Canarias, como dice Daranas, que hayas rescatado este protocolo.

Gracias, María Régulo, y perdona que te robe palabras y las refiera desde ahora a tu padre, a mi amigo, a mi maestro.

5.- JUAN RÉGULO

El prólogo de Juan Régulo, el ensayo breve y profundo de Juan Régulo, es, como él mismo dice, una síntesis del conocimiento de La Palma; una síntesis, añado yo, de su amor a La Palma. Me parece la más lograda síntesis que conozco, incluidos los peligros que Juan señala en el preámbulo como inherentes a toda síntesis: peligros de proyección, de parcialidad. Afortunadamente Juan Régulo cae en tales peligros: se proyecta, y se proyecta, además, parcialmente; quiero decir se retrata, se reconoce parcialmente, a modo de parte, formando parte de La Palma. Y ésa es la más honda realidad de una persona, o de un suceso, o de una reflexión: formar parte.

Un grupo de estudiantes palmeros, al que se añadía algún no palmero desconsolado, acudíamos diariamente al Refugio, un café de La Laguna. Allí comparecía Juan con gruesa cartera que nosotros llamábamos "caja de Pandora".

Sucedía cotidianamente: bajo irónica y palmera sonrisa colectiva que iniciaba la sustitución del tuteo por el don, Juan Régulo abría la caja de Pandora y nos sorprendía

con el rayo de la nueva teoría o con el trueno de la última noticia histórica, variopintos los temas de ambos meteoros.

Hay quien enseña dando paseos, hay quien enseña en un café; en todo caso Régulo tenía una ventaja sobre Aristóteles: que nos era próximo, y no sólo me refiero a distancias métricas.

Una buena parte de las referencias de Juan Régulo pertenecen a temas eclesiales: y más que eclesiales, clericales. Con ser yo creyente y él no (una discrepancia que nos hacía sonreír y suscitaba tierna benevolencia), Juan Régulo, yo se lo decía, respecto a la Iglesia era menos libre que yo. En algunos momentos -hoy lo entiendo, hoy lo entiendo- era obsesiva su monótona referencia anticlerical, paralela, salvando las distancias, a las invariables alusiones religiosolitérgicas del Protocolo de la Santa Mueca. Pero esto no era lo importante.

Lo importante a la larga era que de esto, y de aquello, y de lo de más allá, de ese Eldorado que también se llama "lo demás", de lo universal -¡difícil ser universal en los años cuarenta!-, tuvimos noticia a través de este hombre que nos era tan próximo. Con Juan Régulo aprendimos a gustar lo universal, concebimos el deseo de ser capaces, de abarcar e incluir, de tolerar más, de ser tolerantes. El Refugio, con Juan Régulo, era universidad.

Esa Universidad, Juan Régulo, actuaba su obligada característica de generosidad.

Juan Régulo compartía su saber; y es conocido que el saber soporta tentadoras equivalencias en dinero y, como el dinero, despierta la tentación de acapararlo. Hoy se dice "información es poder" y se acepta que hay información no compartible porque el poder no lo es. Juan compartió el poder con sus compañeros, colegas y superiores en la Universidad, y con nosotros, sus modestos amigos. Además del esperanto, Juan habla el otro raro y universal idioma de la generosidad.

He dicho todo esto, aparentemente inconexo con la presentación del libro, porque tenía ganas de decirlo, desde luego; pero también porque constituye elemento clave de la presentación: la persona que he evocado está presente, perfectamente sintetizado en el prólogo que ha escrito. Yo recomiendo que se lea el libro; pero si, por disparidad de contexto, se encuentra cierta dificultad ante la transcripción del Protocolo de la Santa Mueca, el prólogo de Juan debe ser leído porque constituye un hito definitivo en la comprensión vital de Santa Cruz de La Palma.

Ese prólogo reseña ejemplos de sátira crítica o disparatada, de ironía por vía de parodia o por más elaborada vía, desde el XVI al XIX. Sin embargo, en el XX cita sólo dos ejemplos de no insulares embromados: el profesor Verneau y el marqués de la Eliseda. Sobre esta circunstancia haré mis últimas reflexiones.

6.- CULTURA Y CRISIS DE LA IRONÍA

La parodia y la ironía exigen un referente respecto al cual se ironiza o parodia.

Alvaro de Laiglesia, antes de ser su Director, publicaba en la Codorniz "Parodias con todo respeto", por ejemplo:

"Amanecía. La pared es blanca. Pedro abre la ventana. Pedro mira el campo. El campo es azul..." etcétera.

Se advierte la alusión a Azorín; se advierte si, previamente, se conoce Azorín.

En este caso la alusión es de índole cultural, viable en un contexto cultural en el que ciertos presupuestos son de común conocimiento. Y en todo caso la ironía, la sátira, la parodia, la crítica tienen valor contextual, de modo que sólo cobran sentido para el conjunto de las personas que conocen la circunstancia-patrón aludida mediante ironía o parodia.

Definida la pertenencia a un conjunto contextual condicionada por la verificación de cierta propiedad, el cardinal del conjunto, es decir, el número de elementos que lo integran, por una parte, y, por otra, el número de condiciones que definen la pertenencia está en relación inversa; de modo que un aumento del cardinal -por ejemplo, crecimiento demográfico- conduce a la reducción del número de condiciones si se quiere mantener la contextualidad, lo que, llevado al extremo, produce una exigüidad de conocimientos donde no es posible la ironía o la parodia.

Los medios de comunicación no han de luchar contra esta exigüidad ampliando el número de supuestos si quieren mantenerse vigentes en el conjunto del mayor número de personas, lo que, por otra parte, produce homogenización de usos, palabras, criterios. Cuanto más numerosa -triste sinónimo de universal- la audiencia, será menos rica en conocimientos aludibles y no será posible la ironía o la parodia. De ahí que Juan Régulo haya encontrado apenas dos ejemplos en el siglo XX, y ambos en su primera mitad.

Dado que muchos de los subconjuntos contextuales que permitían la ironía eran de índole cultural, pienso que la crisis de la ironía, como del humor en general, es, en algún modo, crisis cultural.

7.- OTRAS REFLEXIONES

Como leve añadido marginal, van estas observaciones:

a) Remanencia de talantes

El magnetismo remanente, los desfases o retrasos entre dos correspondencias, cierto tipo de inercias que suceden en el cosmos, incluyen dominios psíquicos, sociológicos; pretendo aludir concretamente a caracteres, a talantes. El carácter decimonónico, por ejemplo, apareció con máxima pomposidad ya rebasado el siglo XIX; el engolamiento es, en algún modo, inercial. Por ejemplo, en el facsímile del copiadore de actas de 1881, "cosmológica" era simple adjetivo de sociedad que atiende al cosmos; su ascenso a título entrecorillado se substanció posteriormente.

b) Especificidad y universalidad

El sentirse singularmente diferente de otras comunidades y, en concreto, adscribirse un específico y exclusivo sentido del humor, o la ironía, etc... es propio de cierto estado evolutivo de las sociedades poco numerosas y suficientemente aisladas.

El sirinoque, por ejemplo, es, ad intra, un ritmo palmero; pero ad extra resulta básicamente un ritmo que aparece en determinado momento de la evolución musical la generalidad de los grupos humanos. He sabido de muchos pueblos que tenían la ironía y la broma como propia y singular característica.

c) Embromantes y embromados

El hecho de que la ironía, o la parodia, sea posible en subconjuntos de reducido cardinal, puede ocasionar la incorporación de un sentimiento de élite por parte de los embromantes, y un complejo de bufón por parte de los embromados: lo que reduciría la cuestión a la sempiterna necesidad de subrayar poder a costa de quien no lo tiene. Hay familias o ciudades que tienen sus embromados, e incluso, en algún caso, los vuelven locos.

En algún otro caso fue el embromado quien dictó la lección: así la anécdota del marqués de la Eliseda.

Por mi parte he de decir que, en cierto tiempo y en nuestra ciudad, un grupo de godos -el juez, el notario, el funcionario, el periodista- junto con algunos de aquí, luchó por la tolerancia y la libertad y la cultura contra la intolerancia numerosa y beata de los indígenas.

8.- UNA POSITIVA VALORACIÓN DE LA IRONÍA

Pero lo cierto es que, en general, hemos sido como Juan Régulo nos describe; y lo somos aún: no de otra manera se explica el secreto tilín halagador que suena interiormente cuando leemos su formidable ensayo.

Todos hemos sido actores o comparsa o benévolos espectadores de una mueca más o menos ingeniosa, más o menos cruel. Todos. Yo.

Yo he profesado una lección de literatura ante una veintena de personas en un idioma ininteligible, que fue aceptada por quienes veían el regio traje invisible del cuento de Andersen. Yo di una conferencia sobre "Lo caballo" ante las principales autoridades, rector y claustro de la Universidad de La Laguna, que era una inconfesada parodia de otras conferencias ad ussum et abussum; y como el disparate no iba expreso, se aceptó cuerda la conferencia.

Yo empecé esta presentación citando a Tardivon, y Tardivon no existe. Y no lo hice por el simple y reprochable gusto de embromarles; no, desde luego que no, mis buenos amigos, mis irónicos paisanos.

¿Y si hubiera dicho Diderot, más conocido y, por tanto, más autorizante que Tardivon?

¿Y por qué necesitar la cita autorizante, si la única autoridad legítima es la que me da la vida cuyo autor he sido?

Para citar es necesario citar bien, es decir, decir lo que quiere decir la frase que se cita, en una palabra: citar la vida actuada por el autor. Pero en estos exigentes supuestos sólo la lectura de opera omnia y el conocimiento de su contexto permitiría interpretar con fidelidad la sustancia de una frase: entresacar de contexto, desgajar, es amputar, reducir significación. Hay, en efecto, osadía y, en algún modo, deshonestidad en la cita de un autor del que sólo se conoce una obra; lo que lleva a valorar el juego limpio de no citar.

Tardivon, que no existe, no añade nada a lo que he dicho; ni Diderot, si Diderot hubiera dicho que el saber es cosa de glúteos y de plúteos.

En este sentido sólo podría citar personas que me son globalmente conocidas, y me son conocidas en tal extremo las que en algún modo viven conmigo, me conviven.

Y es positiva la ironía que deje a la vista esta difícil verdad.

Sirve, pues, la ironía, siquiera sea la pequeña broma de citar a Tardivon. Sirvió la Santa Mueca para desmitificar la sacralizada incontestabilidad de las formas forenses o eclesiásticas, impropias por sí solas si vacías de fondo genuinamente relacionado con la vida u otras instancias fundamentales; y sirvió la Santa Mueca, sobre todo, para ser rescatada por María Régulo, para dar pie al regalo de su prólogo y a la generosidad cultural de La Cosmológica, y, mal que le pese a los cansados, para que nos viéramos aquí, para que nos viéramos aquí sólo sea por un rato.

Para todo eso y para que ustedes sonrían, sirve el libro que acabo de presentar.

